BALCON



SUMARIO

CONFIADA ESPERANZA

Con la presente entrega, BALCÓN *suspende hasta mejor oportunidad su aparición.*

No creemos necesario explicar cuál sea la causa que nos obliga a esta decisión. Ella no puede ser otra que la que explica la profusión de tanta hoja impresa que circula por esos mundos. Regístrese el tiraje de cualquier publicación y se verá que, poco más o menos, está en proporción de la sordidez de los intereses que defiende. Y cuando ésta es cero, la publicación que no pudo subsistir sino gracias a la generosidad de sus amigos, debe desaparecer.

Pero no desearíamos que se viera ningún dejo de amargura en nuestras palabras. Señalamos simplemente una ley. Ley bochornosa para tiempos que viven pregonando los mitos de Cultura y de Libertad; pero heroica para aquellos que salen a desafiarla y predican intrépidamente toda la Verdad por encima de los tejados.

Si hemos de sincerarnos con nuestros amigos y lectores, les confesamos que estamos satisfechos de la breve campaña cumplida. No tanto por lo que hemos dicho, pues a veces hemos podido aparecer vacilantes en nuestra prédica, si no porque hemos comprobado que un número seleccionado de lectores, sobre todo jóvenes, nos ha seguido con significativo interés en todas las ciudades del país, de América Hispana, y también de España.

Ello es índice de que días de gloria esperan a nuestra patria, al mundo hispánico, y por resultancia también al mundo. Porque el mundo que se ha perdido con la mentira, sólo se salvará con la Verdad. Y cuando núcleos juveniles de relevantes condiciones de inteligencia y de virtud, renunciando a todos los halagos que ofrece el conformismo social, y aún desafiando todas sus iras, se van multiplicando, y de un imperceptible grupo de nuestra metrópoli que fué hace veinte años, llenan hoy los ámbitos del país, podemos ver en ello un signo auspicioso de los días grandes que alborean.

En esta juventud, que ha desechado los mitos fáciles de los contemporáneos, han prendido las dos grandes realidades que han hecho feliz al hombre occidental, la Iglesia y la Patria, para encarnarse en la imagen limpia y serena de la ARGENTINA. *La Argentina —Corazón de América y brazo del futuro americano, como cantó Darío— afirmada en la plenitud de su ser histórico como baluarte contra el panamericanismo y el paneslavismo, y por consiguiente también, contra todo laicismo, sea de derecha o de izquierda; la Argentina, tal como la entroncó España en el árbol añoso de la civilización cristiana, he ahí la imagen señera de nuestra juventud.*

Por esto, es tan certera su visión para mirar y apreciar los acontecimientos que se desarrollan delante de nuestros ojos; por esto, es tan serena su actitud frente al inaudito despliegue de fuerza con que los enemigos han querido amilanarla, queriendo identificar su causa con la de los "criminales de guerra" y la de los "nazis" y "totalitarios".

Nuestra juventud sabe perfectamente, y no hay ya estratagema capaz de engañarla, que la causa de la Argentina, solidaria de la España de Franco que es la España grande de los siglos, no sólo es la única que tiene vigencia sino que es la única llamada a señalar la ruta de salud para los pueblos del mundo.

Y en esta perspectiva, sabe situar y medir los hechos discutibles de la política de cada día. Momento hubo que se llenó de indignación y de aflicción por la ratificación de las Actas de Chapultepec y de las Naciones Unidas. Y aún ahora, lamenta y deplora la perfidia consumada. Pero ni entonces ni ahora ha creído que con ello la causa de la Argentina estuviera terminada. Cree por el contrario que ha comenzado una nueva etapa, arriesgada sí pero promisora y cargada de esperanzas, en que la Argentina, dentro de la Unión Panamericana y de las Naciones Unidas, con sus hermanas las naciones hispánicas haga sentir su influencia, a fin de que queden burlados los principios masónicos que inspiran aquellas Cartas y resplandezcan en cambio los grandes principios del Derecho secular cristiano.

En esta perspectiva también, sabe apreciar lo que tan significativamente ha dado en calificarse el "caso Perón". Lo hemos dicho otra vez. Nuestra juventud ni está en contra ni a favor de Perón

Pero con el fino sentido de percibir realidades de que está dotada no puede dejar de ver que la figura de Perón no puede empequeñecerse cuando en el bando de sus enemigos se ve por una parte, a la morralla comunista, socialista y demócrata progresista, por otra, a la retemada clase conservadora y el desparramado y desorientado partido del mismo nombre y en medio, como una masa llorosa y sentimental a los radicales que no pueden de ninguna manera aprender el manejo político. Perón, por de pronto, es lo que es porque sus enemigos son lo que son. Y no hay que hacerse ilusiones, cualquiera sea el desenlace de los años que vivimos, aquello ha pasado definitivamente. Sólo el comunismo tiene fuerza y vigor para dar una sorpresa al país. Pero nuestra juventud tiene coraje como para quebrar sus posibilidades en nuestra Patria, al menos para la presente generación.

La imagen de la Argentina resplandece grande en las mentes juveniles. Pero saben también nuestros jóvenes que para que esta imagen no sea ilusión ni sueño, para que ella se convierta en permanente realidad, por encima de las contingencias de sus hombres —singulares de todo, figuras de un día— es menester intensificar la formación en los fuentes primeras de la civilización cristiana. La frecuentación de los autores profanos, antiguos y modernos, es necesaria pero más necesaria aún lo es, la de los autores autorizados y recomendados por la Iglesia especialmente el Angélico Doctor, porque sólo en éstos aprenderemos la norma, de acuerdo a la cual podemos aprovechar y valorar lo que de bueno hay en aquellos.

En fin, nuestra juventud sabe que la Argentina no es una realidad autónoma, no tiene su destino en sí misma. Está injertada en el árbol glorioso de las naciones cristianas y allí está su razón porque allí su destino se encuentra y se abraza con su principio, que es Dios, principio y fin de todas las cosas.

BALCÓN.

CARACTER VIAL DEL LIBERALISMO

En un número anterior [1] de esta misma revista escribíamos nosotros sobre el gran dilema que, en el plano internacional, se planteaba a los democrático - liberales de todos los países y especialmente a los de Estados Unidos e Inglaterra. Decíamos allí que, debido a la lucha que por el predominio universal *ya se ha iniciado* entre las potencias arriba nombradas y Rusia, los democráticos, si se dedican a apaciguar a Rusia con continuas concesiones y a disimular o negar el peligro que su poder, su inescrupulosidad y su expansión por Europa representan, no hacen sino trabajar por el triunfo mundial del comunismo, con lo cual éste terminará por aplastar o absorber a las democracias; y si se deciden a hacer frente a Rusia, a entrar en activa divergencia con ella o aún en un conflicto armado, no serán ellos, de tan sospechoso, débil o nulo "anticomunismo", los que impongan el fervor y las grandes ideas directrices a la lucha, sino aquellos más antiguos, entusiastas y convencidos enemigos del comunismo: los llamados por los liberales "nazis" y "reaccionarios".

Se nos ha ocurrido más tarde que alguno podría objetar que el dilema no es excluyente y que, por lo tanto, no es tan negro como se pretende el porvenir del demoliberalismo. Se podría pensar, según ello, en la posibilidad de una lucha contra Rusia llevada en nombre de los principios democráticos y liberales, y en la cual las democracias *utilizarían* a "nazis" y "reaccionarios" en la medida que resultara conveniente, con el propósito de que, terminada la lucha con un triunfo democrático, y extinguido así el peligro comunista, esos "nazis" y "reaccionarios", cuyo concurso ya sería inútil —aún más, contraproducente— fueran eliminados de escena e impedidos de actuar, con lo cual el régimen demócrata-liberal quedaría instaurado por los siglos de los siglos, en un mundo pacífico, feliz y "progresivo".

Esta manera de ver las cosas, aunque pueda parecer convincente a primera vista (y por ello constituye la esperanza de muchos liberales) no resiste un análisis un poco profundo sobre la esencia y significado del liberalismo. El liberalismo es, por su naturaleza misma, camino, no punto de llegada; vía, no meta; tránsito, no fin. *El fin del liberalismo es, precisamente, el comunismo.* Destruido éste, es arrancada al liberalismo la posibilidad misma de evolucionar continuamente hacia formas más "avanzadas" y "progresistas" (que van acercándolo cada vez más al comunismo), y queda, por esa causa, fofo, inerme, sin virulencia alguna, perdido lo que originaba, precisamente, su "mística". No se quieren los medios sino por el fin; de nada sirve el camino sin la meta; luego el liberalismo, sin la posibilidad de desembocar en un régimen comunista, carece en absoluto de razón de ser.

El comunismo es simplemente *el reflejo social del materialismo absoluto*, actitud negativa del espíritu que sólo acepta la materia como fundamento de todo. El orden tradicional de Occidente no era sino el *reflejo social del catolicismo*, actitud positiva del espíritu que reconoce todo lo real: Dios y la creatura; el espíritu y la materia; el hecho y la idea; la certeza especulativa y la moral; la contemplación y la acción; la ciencia y el arte; el orden universal y los estados particulares; el clero y la aristocracia; la burguesía y el pueblo; todo ello dentro de una visión sintética del universo en que cada cosa tiene su ubicación y su porqué. El liberalismo no es más que *el reflejo social del período de duda y de agnosticismo, de insostenible eclecticismo y de relativismo, de semi-espiritualismo y semi-materialismo, cambiante y contradictorio, que lleva del catolicismo al régimen comunista.* Un breve análisis histórico-filosófico nos dará el fundamento de lo afirmado:

El orden medieval, con las inevitables imperfecciones que afectan todo aquello en que lo humano es parte, era esencialmente un *orden sacro*. Todo: vida individual, familiar y social, estaba penetrado por la religión católica. Todo venía de Dios y todo a Dios se ordenaba. Pero la inevitable defectibilidad humana no iba a tardar mucho en dar los primeros pasos hacia la disolución de ese orden. Reposaba éste sobre los siguientes pilares fundamentales: subordinación de la filosofía a la teología, no para que ésta introdujera en aquélla tesis que la humana razón no podía probar, sino para servirle, como un faro, de luz extrínseca que le impidiera caer en error; íntima compenetración de razón y experiencia, pues según el tomismo, cumbre de la filosofía medieval, lo inteligible existía en potencia en el seno mismo de lo sensible, de donde nuestro entendimiento lo abstraía; vida moral y encaminada a la sobrenatural contemplación, iniciada *ya en este mundo* por la vida mística, ejemplo de la posibilidad de regeneración y elevación del hombre caído, por la gracia; obediencia de los príncipes y reyes al Papado. La destrucción del orden medioeval será causada por la destrucción paralela de estos sus pilares. Veámoslo.

La concordia entre filosofía y teología corrómpese por causa del averroísmo, primero y del humanismo paganizante del Renacimiento, después. Destrúyese la íntima unión de razón y experiencia por el nominalismo, que niega que nuestros conceptos universales sean otra cosa que una representación puramente subjetiva, indeterminada, confusa e imperfecta de los individuos. Se destruye la recta noción de la vida moral ordenada a lo sobrenatural, por la influencia conjunta de todas las tendencias antropocéntricas, y también por el nominalismo que, al arrasar con las cualidades reales, ya no puede concebir la gracia divina como una perfección sobrenatural intrínseca infundida en el alma, sino como un perdón extrínseco y jurídico de Dios, que no toma en cuenta los pecados de tal o cual hombre, sin regenerarlo realmente. Se destruye la obediencia de los príncipes al Papado por las tendencias cesaristas de aquéllos y la pérdida de prestigio de éste, consecuencias ambas del ambiente antropocéntrico de la época.

Todas esas influencias, unidas a las de un pseudo-agustinismo que, por odio antitomista, afirmaba la corrupción esencial del hombre luego del pecado natural y negaba el libre albedrío, produjeron la Reforma. Henos aquí ante un hecho trascendental: la pérdida de la unidad de la Fe en Occidente. Como lógica consecuencia de esto, la convivencia inter e intranacional no puede fundarse ya sobre lo teológico —pues sobre esto había fundamental divergencia de opiniones—; por ende deberá basarse meramente sobre la razón natural, con prescindencia de la Revelación, después de un período en que cada príncipe trató de imponer como obligatoria, a todos sus súbditos, la religión que él había escogido: "cujus regio, ejus religio".

Mas la razón, ya no confortada objetivamente por la luz de la teología, ni subjetivamente por la gracia, empieza a multiplicar los sistemas contradictorios y a dudar, tanto por ese hecho como por una torcida autocrítica, de su poder para conocer lo real.

Nace entonces una mentalidad formada de relativismo, agnosticismo, escepticismo: su reflejo en lo social es el *régimen liberal* en el cual la tolerancia de todas las opiniones es la característica que lo define.

Imposible fundar a partir de entonces, la convivencia en normas y leyes descubiertas por la razón, menester es basarla sobre la voluntad de los individuos (en la práctica, la voluntad de la mayoría): tenemos así la *democracia moderna*.

Democracia y liberalismo conviven un tiempo en más o menos buena armonía; pero pronto la primera, parricida, dará muerte al segundo; en cuanto ello acontece, la democracia se ha transformado en *comunismo*.

¿Cómo ocurre lo arriba dicho? El liberalismo, al no saber dónde está la verdad, debe, en lo político, dejarla a la determinación voluntarista de los individuos (sufragio universal) y así se llega a la democracia, como hemos dicho; pero la mayoría de los individuos, que es la que, por el sufragio, impone su voluntad, pertenece, naturalmente, a las clases menos cul-



M A R T I R

Crepitaba su voz en los desiertos
como una llama virgen; y en la altura
de las peñas clamaba su amargura,
los brazos secos en el aire abiertos.

Vestía pieles de animales muertos
por su furia; su llaga fué ternura;
y la pureza en él vivió más pura,
ya inútil de alumbrar pechos desiertos.

Aún canta el fuego de su profecía:
"Estallarán los montes y ciudades,
y se hundirá en el abismo cada día".

León del río; santo escarnecido;
su espíritu, un ciclón de soledades,
dentro del agua eterna está encendido.

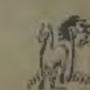
HÉCTOR VILLANUEVA

que tienen menos escrúpulos, libres de toda traba legal, acumulan fortunas enormes y dejan en la miseria a masas progresivamente crecientes de ciudadanos. Una universal proletarización se extiende así en las sociedades, favorecida también por el desarrollo monstruoso del industrialismo. Las fortunas inmensas y los enormes poderes que de ellas y de la industria se obtienen concéntranse cada vez más en menor número de manos. Pero los explotados proletarios sabrán encontrar, conducidos por los líderes socialistas, los medios para imponer su mayoría numérica: la organización sindical y las huelgas como medios económicos; la conquista del sufragio universal, real y no teórico, como medio político. Y de esa manera, irán predominando paulatinamente sobre sus patrones, arrancándoles cada vez más concesiones bajo la presión de las huelgas, y sobre la sociedad entera (antes dirigida por los representantes de la burguesía patronal) por su mayoría numérica en el sufragio universal. Y el economismo y materialismo de que esas clases abandonadas y mecanizadas por su trabajo mismo están imbuidas, su desconocimiento de toda jerarquía de base cultural y su natural tendencia al igualitarismo social, *llevan directamente al comunismo*.

Vemos por todo lo dicho la verdad de lo afirmado por el P. Meinvielle en un número anterior de esta revista (*): la trayectoria violenta y revolucionaria, como ocurrió en Rusia, no es necesariamente consustancial al comunismo; muy bien su establecimiento puede producirse por los medios "legales" que la maquinaria política democrática y el espíritu liberal le ofrecen. Y no por ello dejará de ser igualmente funesto.

Llegada la humanidad al comunismo, se halla con que, lejos de haber obtenido el paraíso esperado, ha caído en el peor de los infiernos terrenales. La universal socialización exige la concentración de todos los poderes en el Estado comunista, quien lo propone todo a la producción. Los proletarios se encuentran con que, de depender de unos cuantos cientos de capitalistas privados, han pasado a depender de un solo monstruoso capitalista, el Estado, que por su unicidad como empleador y su posesión de la fuerza pública se halla en condiciones de impedir cualquier intentona de aquellos para organizarse independientemente o recurrir a huelgas. Y así, sobre una masa tiranizada, reina despóticamente un grupo de privilegiados: miembros del partido comunista, burócratas, técnicos, militares; y una nueva aristocracia, que por materialista y atea es mucho más despiadada que la antigua, vuelve a formarse.

El paraíso buscado ha resultado ser el peor infierno. Y ello, ¿por qué? Por la ceguera de liberales y

tas y más necesitadas de la sociedad. Estas clases, en cuanto poco cultas, tenderán, perdido ya el influjo de la religión, al desconocimiento del valor de todo lo que no sea material, en cuanto necesitadas, tenderán con todas sus fuerzas a conseguir esos bienes materiales que tanto les faltan y a los que aprecian por encima de todas las cosas. Y como su voluntad es, por mayoritaria, necesariamente vencedora en la determinación del orden social-político, el triunfo del materialismo y del igualitarismo económico absoluto será un hecho: estamos así en el *comunismo*.

Esta que hemos relatado es una de las vías que llevan del liberalismo al comunismo: la *política*. Por otras conduce también dicha ideología a la misma meta: una, *filosófica*, otra, *social*, otra *económica*.

La *vía filosófica* es la siguiente. El relativismo, agnosticismo y subjetivismo de los que el régimen liberal es traducción política, extienden la duda y el descrédito sobre todo lo suprasensible. Extiéndenla también, es verdad, sobre lo material y sensible mismo; pero una cosa es una negación teórica y reducida a unos cuantos filósofos y otra su negación práctica y por la mayoría de la población. Lo material, niéguese o no, influye demasiado obviamente, demasiado brutalmente, a veces, demasiado innegablemente sobre el hombre. Luego, de hecho, el subjetivismo y criticismo triunfarán en extender el descrédito sobre lo supramaterial; no conseguirán apartar al hombre común de la convicción de la existencia de lo material. Y, en cuanto tenemos a lo material por lo único real, caemos en el *comunismo*.

La *vía social* sigue este proceso: el liberalismo destruye todas las asociaciones intermedias entre el individuo y el Estado, por contrarias al mito de la "voluntad general". El individuo queda aislado frente al Estado. Frente a los demás individuos, ya no se vincula por tradiciones comunes sino sólo por la mecánica de las conveniencias inmediatas y de los apetitos. Y el Estado omnipotente, reinando sobre una masa sin tradición, mecanizada, atomizada y artificialmente encuadrada por el Estado, es el *comunismo*.

La *vía económica* procede así: El liberalismo cubre con la duda toda convicción sobre cuál es el régimen económico justo y adecuado a la naturaleza y fin del hombre, o bien cree que el hombre, sin trabas, obrará siempre bien. Entonces instituye una libertad económica absoluta. Pero en esa carrera de libertad, no todos parten de un igual estado económico, ni todos poseen igual capacidad, ni todos tienen igual carencia de escrúpulos. Por ello, los que han partido en esa carrera de desenfrenada competencia de un estado mejor, o los que poseen mayor capacidad para los negocios, o los

M O Z A R T

Tu delicada mano adolescente,
Adivinando tiempos y albedrío,
Equilibra los astros de la frente
Y desentraña el corazón en río;

En río musical de crespo brío,
Que al vislumbrar su luminosa fuente,
Como los ruiseñores y el rocío
Puebla de Cielo el campo de occidente.

Sin presentir acaso la agonía,
Vas trasponiendo el aire pentagrama
En pos de una dulcísima armonía;

Y cuando finalmente lo traspones,
Tienes la eternidad por panorama,
Y el genio mudo en las constelaciones.

JORGE ADOLFO MAZZINGHI

democráticos. Los liberales nunca comprenderán que de nada vale asegurar la máxima "libertad" al individuo por medio de un ordenamiento político que le otorgue un máximo de garantías, si ese orden no está de acuerdo con lo ontológico real, con la real naturaleza humana y de las cosas y su fin; no por liberal el régimen dejará en ese caso de ser funesto, y una gran suma y entrecruzamiento de consecuencias, llevará, inclusive, a la extinción total de la libertad. Los democráticos nunca caerán en cuenta de que nada vale fundar un orden político-social sobre la base de la voluntad de la mayoría más escrupulosamente respetada; si ese orden no está de acuerdo con el *deber-ser* que la naturaleza y fin de lo real exigen, no dejará de ser funesto por el hecho de ser democrático, y una serie de causas llevará a la extinción del régimen mismo que las había originado. Para liberarse de la coyunda liberal y democrática basta tener en cuenta que el hombre vive en un universo que él no creó; que nadie le ha preguntado si deseaba o no nacer; que le han sido otorgados un cuerpo y un alma y unas facultades que él no ha creado ni elegido; que está condicionado por lo social y por lo histórico, que su inteligencia se halla sometida a las leyes del ser, en pocas palabras, que es parte de un *orden* mayor que él; que es creatura y no Dios. Y si ello es así, lo que interesa *realmente* para el establecimiento de un adecuado régimen político es, no el asegurar un respeto máximo para la libertad individual, ni consultar una por una las voluntades de los ciudadanos, sino averiguar, por medios filosóficos —en lo que la razón humana alcanza— y teológicos —en lo que la excede— qué es este mundo, qué es el hombre, por qué existe, por lo tanto, cómo debe actuar individual y socialmente. Pero ello exige el abandono de la mentalidad relativista, subjetivista y antropocéntrica que caracteriza al liberalismo.

La gran ilusión de la Edad Moderna ha resultado un fracaso trágico, ya que trágico ha sido su punto de llegada. Es menester, entonces, confesar el error, advertir sus causas, y, sin quedarse a medio camino en la escala que desde el orden tradicional cristiano al comunismo desciende —¿para qué sirve una escala si nos lleva a algo que por demostradamente malo ya no queremos?— volver, con toda la rica experiencia adquirida, a aquel orden que nunca debió ser abandonado, no para reimplantarlo en sus particularidades accidentales, pintorescas y anecdóticas, sino para reencontrar en él lo sustancial que nos hace falta: la recta ubicación del hombre y su acción en el orden total de lo creado.

Pero si el comunismo logra imponerse universalmente ¿quién se atrevería a calcular cuánto tiempo de miseria, de inconcebible degradación, de absoluto rebajamiento espera a la humanidad antes que aquella vuelta a la verdad pueda realizarse?

JUAN A. CASAUBON.

(1) BALCÓN, nº 4.
(2) » nº 5.

SOBRE POLITICA CATOLICA

Damos cabida a las aclaraciones que ha creído conveniente formular el Pbro. Dr. Julio Meinvielle a propósito de las opiniones emitidas por el Dr. Marcelo Sánchez Sorondo en el Diario del Buzo *de la última entrega. (N. de la R.)*

En mi artículo "Política católica y una pura política de derecha", aparecido en la entrega de BALCÓN del 18 de octubre, me limité a "señalar los grandes principios de solución en esta materia" si no se quería incurrir en el error del naturalismo político, reiteradas veces condenado por la Iglesia y causa de los más profundos males de la sociedad moderna. Redacté en forma de artículo y no de carta dicha exposición para no verme obligado a seguir la vulnerable formulación de Marcelo Sanchez Sorondo en su *Respuesta a una Respuesta* del 11 de octubre, ya que no era mi propósito ni tacharle de ese error ni acordarle tampoco patente de doctrina segura. Bastaba dar al lector la buena doctrina en la materia.

Pero Marcelo Sánchez Sorondo, en el *Diario de un Buzo*, aparecido en la última entrega, intenta refutar lo que allí sostengo, interpretando que "desde más allá de la polémica" me empeño "en descamisar su ortodoxia".

Pareciera que para defenderse del "presunto" achaque de naturalismo político del que yo le acusaría, no ha encontrado mejor manera que negar la posibilidad de una política católica y atribuir su defensa por mi parte al "celo de las llaves". Pero si, de derecho, no hay política católica, tampoco puede existir el error que la contradice, o sea una política naturalista o lo que comunmente se denomina naturalismo político. En consecuencia, Marcelo Sánchez Sorondo viene a defenderse del achaque de naturalismo político negando el naturalismo político. Ignoro, hasta dónde puede resultarle beneficioso el procedimiento y no me toca entrar en su indagación, ya que, como he dicho, está lejos de mi ánimo todo propósito de acusación o absolución. Pero como su trabajosa y divertida elucubración pudiera inducir a error a algunos lectores, me voy a permitir anotar los siguientes puntos:

1º Para evitar el naturalismo político no basta admitir la insuficiencia de la pura política "para una ordenación íntegra del hombre"; es necesario admitir también su insuficiencia para una ordenación de la vida pública terrestre. La política sola no puede conseguir su fin propio que es asegurar la felicidad terrestre de los ciudadanos, si no se subordina a la Iglesia aún en su substancia de actividad política. La razón de ello se funda en su carácter *moral*, el cual no puede asegurarse estable y convenientemente en el estado actual de naturaleza caída en que se encuentra el hombre si no con la ayuda de los auxilios sobrenaturales que le vienen de la Iglesia al menos para los pueblos que se han incorporado a Ella por la fe. El lector puede encontrar desarrollado este punto en mi artículo "Sin la Iglesia no puede haber verdadera civilización", aparecido en *Nuestro Tiempo* el 20 de abril de 1945.

2º Aunque le resulte hilarante a Marcelo Sánchez Sorondo la expresión "vida pública terrestre", la mantengo porque está registrada en una venerable tradición teológica y se opone a "vida pública celeste o sobrenatural" que es la vida pública de la Iglesia, en cuanto Iglesia, la cual, aunque se desarrolle en la tierra, es de carácter público y sobrenatural. La Iglesia, aún en la tierra, tiene una vida pública por oposición a privada y sobrenatural o celeste por oposición a natural y terrestre. El lector encontrará el fundamento de estas denominaciones en mi artículo "La civilización y la supremacía de la Iglesia", aparecido en *Nuestro Tiempo* el 4 de mayo de 1945, donde puede leer el texto de Hugo de San Víctor que comienza así: "*Dos son las vidas: una terrena, la otra celeste....*", en el cual, lo de "terrestre" y "celeste", no se dice con una connotación topográfica, sino por referencia al fin. La vida de la Iglesia, la que se opera en el fondo íntimo de las almas como la que resplandece en la "publicidad" de las naciones es *celeste* aunque se verifique en la tierra y a ella se contrapone la vida pública terrestre de las sociedades políticas.

3º La insuficiencia de la pura política aún para alcanzar su fin propio y, en consecuencia, la necesidad que tiene de subordinarse a la Iglesia se puede demostrar también históricamente como lo ha hecho Hilaire Belloc en una inmensa labor histórica, de la cual son resumen su *Estado Servil* y *La Crisis de la civilización*.



Podemos exponer en la siguiente forma silogística este argumento histórico. Un pueblo que ha conocido una alta civilización se halla en irreparable tragedia y no puede conseguir la paz mientras no vuelva a aquel grado superior de vida. Es así que ésta es la situación de los actuales pueblos occidentales, otrora cristianos. Luego estos pueblos no pueden conseguir la paz —su pacificación terrestre, objeto propio de la política— si no se subordinan a la Santa Iglesia aún en su vida pública terrestre.

En la vida histórica de la humanidad recién por vez primera los pueblos han conseguido en la Cristiandad un alto patrimonio económico y cultural unido a la libertad económica y política de la multitud. Los pueblos paganos han alcanzado, es cierto, un grado alto de cultura pero como privilegio de unos pocos con la esclavitud de los muchos. Secularizados, los pueblos aspiran a conseguir sin la Iglesia lo que han conseguido y sólo pueden conseguir con Ella. Y esto constituye su tremenda tragedia. Luego si los pueblos, otrora cristianos, quieren la felicidad terrestre a que históricamente aspiran, deben ordenar dentro de la Iglesia la totalidad de su vida, y por tan-

to también y principalmente su vida política.

4º Esta subordinación de la política misma no la priva de su autonomía, no la transforma tampoco en realidad religiosa, no la quita de manos del político o gobernante laico, sino que le imprime un carácter o dirección que la condiciona para servir indirecta pero realmente al fin sobrenatural de los cristianos. Las citas que trae Marcelo Sánchez Sorondo demuestran la autonomía de la política en su esfera propia pero no demuestran la suficiencia de la política para alcanzar su fin propio sin su subordinación a la Iglesia.

5º Los argumentos de Marcelo Sánchez Sorondo que atribuyen el mismo alcance de la "subordinación de lo político al último fin del hombre" como el que "se puede atribuir a todas las cosas creadas y ciencias o artes humanas" fueron esgrimidas por los defensores del *l'Action Française* y les mereció precisamente y con toda justicia la crítica de *fisicismo*, esto es, de hacer de la política, realidad eminentemente *moral*, una realidad física. El lector encontrará aclarado este punto en las primeras páginas de mi *Concepción Católica de la política*.

6º Marcelo Sánchez Sorondo se adjudica un triunfo fácil por cuanto asigno yo también insuficiencia y riesgos a una política católica. El asunto me parece sencillo para que sea menester volver sobre lo dicho. El simple hecho de que una política sea católica no la hace *eficaz*. El que la política sea católica, es necesario pero no suficiente como el que sea buena política es también necesario pero no suficiente. Quiere ello decir que una política suficiente o eficaz para asegurar la felicidad de los pueblos cristianos depende de dos totalidades de causas, las unas políticas, las otras religiosas; aquellas subordinadas a estas, como he expuesto en el artículo *Las Causas subordinadas*, aparecido en BALCÓN del 13 de setiembre.

7º Finalmente, con respecto a la autoridad del Dante en su *De Monarchia* que Marcelo Sánchez Sorondo invoca en su favor, hay que observar que no es exacto que favorezca sus posiciones. El Dante no abogaba por una política independiente o separada de la Iglesia sino por una política distinta y autónoma pero subordinada, tal como fué unánime y constante la enseñanza de la Iglesia en el problema de las relaciones de la política y la religión.

La particular enseñanza del Dante se ciñe a un punto discutible que está ajeno al depósito de las verdades reveladas y que nada tiene que ver con el punto sostenido por Marcelo Sánchez Sorondo, es a saber, de si debe existir un imperio universal que reciba su constitución y poder de Dios, sin intermedio de la Iglesia. Dante defendía que debe existir tal imperio universal y que de hecho existía en el Emperador romano. Por esto concluye en su *De monarchia* con lo siguiente: "Por lo cual "fué menester al hombre de dos "direcciones, según un doble fin: "es a saber, la del Sumo Pontífice, "que condujere al género humano "a la vida eterna de acuerdo a la "Revelación; y la del emperador "que le dirigiere a la felicidad "temporal según las enseñanzas "filosóficas...". Y añade: "Así "pues, es manifiesto que la autoridad temporal del Monarca, des"ciende sobre él, de la fuente de "la autoridad universal, sin nin"gún intermedio". Por esto defendía que *la autoridad del Monarca romano, como emperador universal "dependía inmediatamente de Dios y no de ningún otro"*, es a saber, del romano Pontífice.

Para Dante entonces no sólo cada Estado político particular recibía su constitución y poder independientemente de la Iglesia, sino que también la Monarquía universal que residía en el Emperador Romano. Pero así como no admitía que aquella se ejerciera sin la subordinación indirecta de la Iglesia así tampoco ésta, y por esto, se apresura añadir, a renglón seguido, en su *De Monarchia*: "La cual "verdad no hay que entenderla co"mo si el Príncipe Romano no es"té sometido en algo al Romano "Pontífice; ya que esta felicidad "mortal se ordena en cierta mane"ra a la inmortal felicidad. De "aquella reverencia debe usar Cé"sar con respecto a San Pedro, de "la que debe guardar el hijo pri"mogénito con respecto a su pa"dre, para que, ilustrado con la "ley de la gracia paternal, ilumi"ne más vigorosamente el orbe de "la tierra". Pues no otra cosa se quiere significar cuando se habla de política católica, de una política que, aun cuando en su misma realidad sea natural, debe subordinarse para que "*luce paternae gratia illustratus*", sea ilustrada, confortada y perfeccionada con la Verdad y Gracia de la Santa Iglesia.

JULIO MEINVIELLE.



COMENTARIOS

Ultimo párrafo del excelente discurso del representante argentino ante la Asamblea de Naciones Unidas: "Debemos y podemos demostrar que concebimos la felicidad de los pueblos jóvenes —nuestra propia felicidad— sin el derrumbamiento de las viejas y cultas sociedades humanas que nos han precedido en el curso de la historia y a las que debemos mucho de lo que somos y valemos".

Nada de gran vuelo encierran esas palabras, es cierto. Son sensatas, obvias, perogrullescas, casi. Vienen a querer decir: "Las naciones de América pueden seguir andando bien sin necesidad de que desaparezcan los seculares países de Europa". En otras palabras: "Dejemos tranquilos, no nos metamos nosotros, los pueblos jóvenes, con el modo de ser francés, italiano, español, inglés: podemos pasarnos sin ellos, podemos ser felices sin ellos, a pesar de lo mucho que les debemos".

Naturalmente que esto, dicho así, es intrascendente y no es como para rematar un discurso importante. Si lo examinásemos con algún rigor podríamos hasta dudar no ya de la inteligencia sino aun de la viveza del sutil Arce, empezando por eso de los "pueblos jóvenes" (1), vieja monserga moderna (¡como si no fuéramos tan antiguos como el hombre!), hasta esa especie de alternativa inesperada entre nuestra eventual felicidad y la supervivencia de otras naciones. Es como si el recién casado le confiara a un amigo que piensa ser feliz aunque subsistan sus padres. Digamos que, en verdad, el experto cirujano hablaba *ad hominem* y que, seguramente, quería insinuar algo.

Más inesperado para ese heterogéneo auditorio pero más real y verdadero, hubiera sido decir que no sería posible ni siquiera concebir la subsistencia de estas naciones de América como naciones civilizadas, si les faltara de pronto el soporte de la cultura europea. Pero no nos desagrada ni siquiera criticamos al orador porque haya dicho lo que dijo: seguramente él conoce bien la temperatura del horno y sería ridículo juzgar desde aquí el momento que se vive en la U.N. (esa falta de concordancia). Más aún le felicitamos y nos felicitamos por la consecuencia que tuvo.

Para dar una idea de la enfermiza susceptibilidad de la izquierda, viene de perillas la *suite* del párrafo que comentamos. De ese sencillo y obvio enfile de palabras intrascendentes, el importante "New York Times", denuncia irritado al modo sensacional yanki: "Arce produce revuelo al aconsejar que no se provoque la caída de un centro cultural", y agrega

(1) Divertida y agudamente se indigna y se divierte Chesterton con tales fantaseos antropológicos, de entre los cuales el de "pueblos jóvenes", es un ejemplo a mano. Hablando de estas falacias, dice que por obra de ese encaprichamiento moderno por las metáforas físicas o científicas "se ha llegado al profundo absurdo de referirse continuamente a las "naciones jóvenes" y a las "naciones viejas", como si la nación poseyera porciones fijas de vida física. Se dirá así que España ha entrado en la última senectud. Del mismo modo podría decirse que España está perdiendo los dientes. O bien insistirán en que Canadá debiera cuanto antes tener su literatura, lo que equivale a afirmar que Canadá debería dejarse crecer el bigote. Las naciones se componen de personas, la primera generación puede ser decrépita o la diezmilésima puede resultar vigorosa". (De El mundo al revés, capítulo El error clínico. Ed. La Espiga de oro, Buenos Aires).

con mala voluntad, peor intención y pésima lógica que "aunque no mencionó el régimen de Franco por su nombre su discurso ha sido interpretado" como una crítica a quienes "buscan la manera de reemplazar esa dictadura por un gobierno democrático".

El buen saldo de este récord de arbitrariedad en el juicio de intenciones, es la elegante respuesta de Arce, quien después de pedir "un poco de paciencia a los impacientes" agrega sutilmente que "si esa interpretación tan tonta concede que España es un antiguo centro cultural, me siento orgulloso de ello, porque soy descendiente de españoles".

Lo importante de este episodio es que sin ser importante haya puesto sobre el tapete un asunto de importancia.

Jóvenes del "New York Times", agregaremos nosotros, la España de Franco es ya por la fuerza de las cosas, una *necesidad* en contra de Rusia, contra la que cada vez con menos hipocresía está luchando el *verdadero* gobierno norteamericano.

Ya no es un secreto la coexistencia de dos comandos en el país de los hiperbóreos: uno a cargo del mal humor (heredado de Cordell Hull) del Departamento de Estado y el otro en manos de los demiurgos Eisenhower y Mac Arthur. Uno que tiene la diplomacia y le va mal y otro con la atómica... y gobierna. Y en medio de ellos, el que preside, pero no gobierna, Truman, la desesperación de los norteamericanos.

El episodio de Chile, nos muestra por transparencia la ineficacia del primero. La saludable tensión con Rusia, las bases y flota yanqui en el Mediterráneo, el impasse de Trieste, la nota a Turquía para que no se desconstantinopolice y el apoyo a Franco, son, entre otras, las jugadas de los demiurgos.

Hablemos algo de lo que hemos llamado el episodio de Chile: por torpeza diplomática, por bradenismo ciego, la simpatía yanki y sus consecuencias, apoyó —como hace un año aquí pero con más éxito allí— las fuerzas "democráticas" que llegadas a la elección depararon a Chile la triste realidad comunizante en que ahora se mueve y que a breve plazo la caotizará (Dios quiera que nos equivoquemos). Como primera consecuencia visible en el campo de los imponderables diplomáticos hay que anotar su voto en favor del derecho de veto, actitud que ahora es de signo ruso.

Es decir, crudamente hablando, en el momento en que los demiurgos obtienen para su país la posibilidad de los dos tercios de adhesiones, gracias a la bomba atómica, la torpeza de Braden consigue que aparezca la primera fisura en el firmamento americano.

Otra vez, por contraste, apreciamos que la Argentina tiene un Dios aparte pues si no hubiera sido por la reacción desencadenada por el "brazo con manoplas", estaríamos ahora con un gobierno proclive a Rusia, que no hubiera podido decir como dijo Arce en otra parte de su [illegible] exposición que el privilegio o más bien el contrasentido del veto "debe ser suprimido y en su reemplazo exigirse la voluntad de los dos tercios de los votos del cuerpo que delibera".

Estos comentarios finalizan por lo que va del año. Estas que fueron en su tiempo, antes de ser prolongadas en Nuremberg, miradas sobre los acontecimientos a través de lo que dejaba ver la insidia periodística, terminan con este último número de BALCÓN. Cabe ensayar una despedida antes de cerrar la ventana.

Hemos ido reflejando con el espejo no muy clemente de la circunstancia, lo que podíamos entrever acerca del mundo desde nuestro mirador, no en espectadores sino en desengañados. De tanto leer medias verdades, creemos haber adquirido un pequeño derecho —muy personal— sobre la mentira.

En el juego internacional que no tiene reglas, creemos que la ventaja mayor es el Soviet (ya derrotada Rusia que respeta a San Estanislao) y que el enemigo está allí. Llámese primero "fin de siècle" como en París o "vogue" en tres años en Nueva York, la verdadera fuerza del mal está allí: todo lo que la fomente, acelera la desaparición de Europa, actualmente —pese a todo escándalo— representada por España que tiene cada vez más forma de escudo.

Vigilemos por lo tanto todo lo que sucede aquí, entre nosotros, en función de aquello, la pugna grande no está aquí. Las tradiciones de nuestra alegre y confiada Argentina están bien claras en las "viejas sociedades humanas y centros de cultura" de la joven Europa.

CLEMENTE EFREN






EUFORIA PREMATURA

Como los enemigos de la Iglesia, hoy triunfantes en Europa, se regocijan demasiado por el cuarto de hora de que pueden disponer para apurar la destrucción de los pueblos cristianos, nos ha parecido oportuno reproducir las proféticas palabras de Pío XI en la parte final de su encíclica sobre la situación de la Iglesia Católica en el Reich germánico y que se conoce con el nombre de Mit brennender Sorge. *Dice allí Pío XI:*

"Entonces los enemigos de Cristo —estamos seguros de ello—, "que se vanaglorian de la desaparición de la Iglesia, reconocerán que se han alegrado demasiado pronto, y que han querido sepultarla demasiado aprisa. "Entonces vendrá el día en que, "en vez de prematuros himnos de "triunfo de los enemigos de Cristo, se elevará al cielo, de los corazones y de los labios de los "fieles, el *Te Deum* de la liberación, un *Te Deum* de acción "de gracias al Altísimo; un *Te Deum* de júbilo, porque el pueblo alemán, hasta en sus mismos miembros descarriados, habrá encontrado el camino del retorno a la religión, con una fe "purificada por el dolor, doblará "nuevamente su rodilla en presencia del Rey del tiempo y de "la eternidad, Jesucristo, y se dispondrá a luchar contra los renegados del occidente cristiano, "en armonía con todos los hombres bien intencionados de las "otras naciones, cumpliendo la "misión que le han asignado los "planes del Eterno".

LEON BLOY

Cúmplese este año el centenario de su nacimiento. Para recordar a este profeta, a este terrible artista cristiano, nada mejor que releerlo. De uno de sus últimos libros, [illegible]*, transcribimos a continuación el capítulo* El Dolor.

En este siglo tan cobardemente sensual si alguna cosa hay que se asemeje casi a una violenta pasión, es el odio al Dolor, odio tan profundo que llega a realizar una especie de identidad con el mismo ser del hombre.

Esta vieja tierra que otrora se cubría de cruces por dondequiera que pasaban hombres y que germinaba, como dice Isaías, el signo de nuestra Redención, hoy es desgarrada y devastada para obligarla a dar felicidad a la raza humana, ingrata progenie del dolor que ya no quiere sufrir.

Si hay algo universalmente inflexible, es esta ley del sufrimiento que todo hombre lleva consigo, yuxtapuesta a la misma conciencia de su ser, que preside el desenvolvimiento de su personalidad libre y que gobierna tan despóticamente su corazón y la razón que el mundo antiguo, espantado, creyéndola un dios ciego de sus dioses, llegó a adorarlo bajo el terrible nombre de Destino.

La sencilla verdad católica es que hay necesariamente que sufrir para ser *salvos* y esta palabra comporta una *necesidad* tal que toda la humana lógica, puesta al servicio de la metafísica más trascendente, no podría [illegible] una idea [illegible].

Porque el hombre comprometió su destino eterno con eso que se llama el pecado, Dios quiere que entre en el orden de la Redención. Lo quiere infinitamente. Entonces comienza una lucha terrible entre el corazón del hombre que quiere huir mediante su libertad y el Corazón de Dios que quiere adueñarse del corazón del hombre con su poder. Se cree harto fácilmente que Dios no necesita de toda su fuerza para sujetar a los hombres. Esta creencia atestigua una profunda y singular ignorancia de lo que es el hombre y de lo que Dios es con respecto a él.

La libertad, don prodigioso, incomprensible, incalificable, por el cual nos es dado vencer al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, matar al Verbo encarnado, apuñalear por siete veces a la Inmaculada Concepción, agitar una palabra a todos los espíritus creados en los cielos y en los infiernos, retener en los Labios de Dios su voluntad, su Justicia, su Misericordia y su Piedad, impidiéndoles descender sobre su creación, tan inefable libertad no es más que eso: el respeto que Dios tiene por nosotros.

Tratemos de representarnos eso: el respeto de Dios. Es un respeto tal que nunca, desde el comienzo de la ley de gracia, El ha hablado a los hombres con autoridad absoluta, sino al contrario con la timidez, la dulzura, casi diría con la obsequiosidad de un solicitante menesteroso al que nunca el cansancio pudiera desalentar. Por un decreto, muy misterioso e inconcebible de Su voluntad eterna, parece haberse condenado hasta el fin de los tiempos a no ejercer sobre el hombre ningún derecho inmediato de amo a servidor, ni de rey a súbdito. Si quiere tenernos, debe seducirnos, porque si Su Majestad no nos agrada podremos echarla de nuestra presencia, haceria abofetear, azotar y crucificar.

B A L C O N

REVISTA SEMANAL

Dirección y Administración:
Sarmiento 930, 6º piso B.

BALCÓN no reaparecerá mientras no encuentre la forma de asegurar su estabilidad económica. Así lo hacemos saber a nuestros amigos, a quienes agradecemos el apoyo hasta aquí dispensado.

entre los aplausos de la peor canalla. No se defenderá con su poder, sino con sólo su presencia y su Belleza. Y aquí está el terrible combate de que acabo de hablar.

Entre el hombre, aparentemente revestido de libertad y Dios, voluntariamente despojado de su poder, el antagonismo es normal, el ataque y la resistencia se equilibran razonablemente y este perpetuo combate de la naturaleza humana contra Dios es el vivo surtidor del dolor inextinguible.

¡El Dolor, he aquí la clave, la solución de toda vida humana en la tierra! Trampolín de toda superioridad, criba de todos los méritos, infalible criterio de toda belleza moral! No se quiere comprender de ningún modo que el dolor es necesario. Los que dicen que el dolor es útil no saben de qué se trata. La utilidad supone siempre algo de adjetivo y contingente, mientras que el dolor es *necesario*. El es el eje vertebral, la esencia misma de la vida moral. El amor se reconoce en ese signo y cuando este signo le falta, el amor no pasa de ser una prostitución de la fuerza o de la belleza. Yo digo que alguien me ama, cuando el tal acepta sufrir por mí o para mí. De otro modo quien pretenda amarme no es más que un usurero sentimental que pretende instalar su vil negocio en mi corazón. El alma altiva y generosa busca el dolor con transporte, con delirio. Cuando una espina la hiere, aprieta la espina para no perder nada del goce de amor que puede producirle, desgarrándola más hondamente. Jesús Nuestro Salvador sufrió por nosotros de tal manera que indudablemente debió hacerse un arreglo entre Su Padre y El, para que luego nos fuera permitido el sólo hablar de su Pasión, y para que la simple mención de ese hecho no fuera una blasfemia tan enorme que pudiera pulverizar el mundo.

Pues ¿qué somos entonces, Dios mío? Los Miembros de Jesucristo. Sus mismos miembros. Nuestra inenarrable miseria es el tomar de continuo por figuras o símbolos inanimados las enunciaciones más claras y vivientes de la Escritura. Creemos, sí, pero no *substancialmente*. Las palabras del Espíritu Santo debían penetrar y colarse en nuestras almas como plomo fundido en el hocico de un parricida o de un blasfemo. No comprendemos que somos miembros del *varón de dolores*, del Hombre que sólo es Alegría, Amor, Verdad, Belleza, Luz y Vida supremas, porque es el amante eternamente exaltado del Supremo Dolor, el peregrino del último suplicio, venido para sufrirlo a través del infinito, desde el fondo de la eternidad y en cuya cabeza se han amontonado, en unidad espantablemente trágica, de tiempo, de lugar y de persona, todos los elementos de tortura acumulados en cada uno de los actos humanos realizados durante cada segundo, en toda la haz de la tierra, durante sesenta siglos.

Los santos vieron que sólo la revelación de un minuto del sufrimiento del infierno sería capaz de fulminar al género humano, disolver el diamante y apagar el sol. He aquí, ahora, lo que deduce la sola razón, la más flaca razón que pueda palpitar bajo la luz divina: todos los sufrimientos del infierno acumulados durante toda la eternidad, en presencia de la Pasión son como si no *fueron*, porque Jesús sufre en el amor y los condenados sufren en el odio; porque el dolor de los condenados es finito y el dolor de Jesús es infinito, y porque, en fin, si fuera posible suponer que ha faltado algún exceso al dolor del Hijo de Dios, sería igualmente posible creer que ha faltado algún exceso a Su Amor, lo que es evidentemente absurdo y blasfematorio desde que El es el mismo Amor.

Podemos partir de esto para medir a todas las cosas. Al declararnos miembros de Jesucristo, el Espíritu Santo nos ha revestido con la dignidad de Redentores y, cuando nos negamos a sufrir, somos exactamente simoníacos y prevaricadores. Hemos sido hechos para eso y nada más que para eso. Cuando derramamos nuestra sangre, corre sobre el Calvario y desde ahí sobre toda la tierra. ¡Ay de nosotros, por consiguiente, si es sangre emponzoñada! Cuando vertimos nuestras lágrimas que son "sangre del alma", ellas caen sobre el corazón de la Virgen y desde ahí sobre el corazón de todos los vivientes. Nuestra calidad de miembros de Jesucristo y de hijos de María nos ha hecho tan grandes que podemos anegar el mundo con nuestras lágrimas. ¡Ay y tres veces hay de nosotros, pues, si son lágrimas emponzoñadas! Todo en nosotros es idéntico a Jesucristo, a quien estamos natural y sobrenaturalmente configurados. De ahí que cuando rehusamos un sufrimiento, adulteramos, en cuanto él es nosotros, nuestra propia esencia, hacemos entrar en la carne misma y hasta en el alma del que es nuestra Cabeza, un elemento profanador que necesita expulsar enseguida de sí mismo y de todos sus miembros, mediante una multiplicación inconcebible de torturas.

¿Es claro todo esto? No lo sé. El fondo de mi pensamiento es que en este mundo caído toda alegría irrumpe en el orden natural y todo dolor en el orden divino. Mientras espero la convocatoria de Josafat, mientras espera la consumación de todo, el desterrado del paraíso no puede pretender más felicidad que el sufrir por Dios. La genealogía de las virtudes cristianas dió sus primeros brotes en el Sudor de Gethsemaní y en la sangre del Calvario. San Pablo nos grita que no debemos conocer más que a Jesús crucificado y no queremos creerle. Siempre olvidamos que no tenemos más que un tipo para concebirlo todo y explicarlo todo en la vida moral y que ese Tipo es el mismo Dolor, la esencia divinamente condensada de todo dolor imaginable e inimaginable, contenido en el vaso humano más precioso que la Sabiduría eterna pudo nunca concebir y formar.

El punto de vista que abrazará y resumirá todo al final, en los tres órdenes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, es de una simplicidad absoluta y casi monótona a fuer de sublime: la Pureza misma es el Varón de dolores, la Belleza, la Fuerza infinitas son el Varón de dolores; la Humildad, que es el más insondable de los abismos, y la Dulzura, más vasta que el Pacífico, son también El, el Camino, la Verdad, la Vida, son siempre El. *Omnia in ipso constant*. Desde lo alto de esta Montaña, al parecer simbolizada por la montaña de la Tentación, se descubren todos los imperios, es decir, todas las virtudes morales desde cualquier otro punto invisibles, y sólo el amor, el grande, apasionado, extático Amor puede darnos fuerzas para alcanzarlo.

Los santos buscaron la sociedad de la Pasión de Jesús. Ellos creyeron en la palabra del Maestro cuando dijo que nadie puede tener amor más grande que poner su vida por sus amigos [1]. En todos los tiempos almas ardientes y magníficas creyeron que para hacer bastante era absolutamente necesario hacer demasiado y que así era como se arrebataba el Reino de los Cielos.

(Versión de R. M. E.).

[1] S. Juan, XV, 13.

C I N E

EL HOMBRE DE GRIS

En el curso de este año de 1946 los films ingleses lograron la simpatía persistente del público argentino. Primero *El séptimo velo*, luego *La Madona de las siete lunas*, incluidos sus respectivos protagonistas masculino y femenino, se hicieron merecedores de esa forma de inmortalidad precaria que es la permanencia en carteleras, por semanas y semanas, de tales espectáculos. El que *El hombre de gris* tuviera como protagonistas principales a los mismos de los films mencionados era por sí solo promesa de éxito seguro. Pero el público que tan dócilmente sigue y admira a sus actores predilectos, pocas veces o nunca reparó en las demás personas que de un modo u otro contribuyen a la elaboración de films. Por ejemplo, ignora quién sea el autor del guión o, acaso más exactamente, de la obra —novela o pieza de teatro— de que ese guión proviene. Menos aún repara —no obstante reiteradas experiencias aleccionadoras que ya debieran tenerlo sobreaviso— en la enorme diferencia que va de un film inspirado en un relato histórico de anglosajona marca femenina a otro que lleve la impronta —anglosajona o latina— de un compañero de Adán. En el primer caso es seguro, infalible casi, que la Historia resultará chistosamente falsificada. Falsificada por la interferencia del más inédito, meticuloso, suave, convincente, convencido sentimentalismo. Un sentimentalismo de tan buena fe, de tan asombrosa ingenuidad, de tan cándidas ganas de ser buena persona a esta altura de los bombardeos aéreos y atómicos que, casi casi, consigue transformarnos a todos sus destinatarios en el "buen salvaje" del supercivilizado Rousseau. Y traemos a colación al hijo predilecto del padre de los lacrimógenos sentimientos modernos porque, como es sabido, sólo en el estado de nuda naturaleza, de crudo salvajismo, concebía el malicioso ginebrino que los hombres fuésemos buenas personas.

Pues bien, por lo que parece, las novelistas inglesas y yanquis sólo a través del empañado cristal de sus propias lágrimas humanitarias ven o creen ver lo histórico. Sin importarles una higa la veraz reconstrucción del pasado que toda mirada retrospectiva implica, sólo las guía el enternecedor afán de mostrarnos —de demostrarnos— que en todas las épocas se cuecen habas, que en todas las edades la vida humana se reduce a una abstracta lucha entre buenos y malos. Con esta variante: que con rara, casi científica persistencia, los malos son siempre los que están en la cima de la sociedad —príncipes, jefes de Estado, altos dignatarios de la Iglesia— y los buenos los habitantes del valle, de la igualitaria llanura.

El hombre de gris, es una perfecta ilustración cinematográfica de lo que decimos. Por lo visto y oído la idea que la autora de la novela del mismo nombre se ha forjado del aristocrático personaje central es tan inaudita, sobrepasa de tal manera todo lo imaginable en materia de antojadiza alteración de las verdades más justamente aceptadas que, según parece, hasta el público del estreno —por lo general el más "genuflexo" de todos— no pudo dejar de reír a todos en las escenas más preparadamente serias del film que comentamos. En síntesis *El hombre de gris* es una ejemplar muestra de una de las mayores estupideces de esta época que nos ha tocado en suerte vivir: el sentimentalismo histórico —respecto de la historia— de las novelistas anglosajonas.

Espectador.

Está ya en prensa
DE MONROE A LA BUENA VECINDAD
Trayectoria de un imperialismo
Por CARLOS IBARGUREN (h)
Un libro veraz, valiente y documentado que pone de manifiesto la tradicional y sistemática política imperialista de los EE. UU. en la América Latina
PIDALO A SU LIBRERO

I N D I C E